

XXVII

Salté del coche y entré.

En la primera pieza de la casa estaba un hombre sentado delante de la chimenea, sombrío, con la cabeza apoyada sobre la mano izquierda, y los ojos fijos en el suelo.

No se levantó sino al ruido de mis pasos.

El del coche no le había sacado de sus meditaciones dolorosas, á juzgar por la expresión de su rostro.

Al verme se levantó, y por instinto hizo un saludo militar.

Era un aduanero, cosa que era fácil conocer por su traje azul marino.

—¿Sois el señor Carhel?—le dije.

No pareció admirado de mi pregunta.

—Sí señor,—respondió.

Y añadió:

—Yo soy quien ha llevado el despacho á Plougastel.

Al mismo tiempo me mostró la puerta de la habitación de Ana-María, diciéndome:

Ella está ahí bastante mal...

Allí estaba, en efecto, viva aún, tendida sobre su lecho; el rector estaba en pie á la cabecera.

Mas allá, cerca de la cuna, la anciana Francisca Cloarec estaba inclinada sobre un niño que dormía.

Al verme tuvo Ana-María una de esas sonrisas inefables que nos quedan grabadas eternamente en el corazón y en los ojos.

Su hermosa cabeza estaba pálida como la cera: sus manos descansando sobre las sábanas esta an casi diáfanas y más blancas que el mármol, sus hermosos ojos verdes se ahogaban en una especie de bruma que los oscurecía.

Quedé como clavado sobre el piso de la habitación.

—¡Acercáos, señor,—me dijo el rector— Ana-María os esperaba para morir!

El anciano lloraba en silencio.

Hizo una seña á Francisca Cloarec y se retiró.

La viuda le siguió.

Quedamos solos Ana-María y yo.

El niño dormía en su cuna.

—Besale—murmuró la madre.

Era la primera vez que me tuteaba.

Y añadió con angelical sonrisa:

—Me permito tutearte porque voy á separarme de tí para siempre.

Obedecí.

El niño no se despertó; ¡era mi hijo, todo lo que me quedaba, todo lo que hoy me queda en el mundo!...

Volví al lado de ella.

—Le amarás mucho cuando yo ya no exista. La señora es buena... comprenderá que tú no puedes abandonarle, y después te perdonará, me perdonará tal vez también á mí, que habré muerto, porque ya no me encontraré entre vosotros.

—Pero tú vivirás—la dije.

Yo no tenía, sin embargo, ninguna esperanza.

La palidez de su cara era la palidez de la muerte: no debía tener una gota de sangre en sus venas.

La cubrí de besos.

Ví sus hermosos dientes entre sus labios

ya helados; besé su frente; sus cabellos, sus ojos, y los inundé con mis lágrimas.

—¡No llores!—me dijo.—Tal vez sea una suerte que yo desaparezea... Yo hubiera sido un obstáculo para tu reposo... ¡Y si hubieras llegado á no amarme, un día hubiera muerto de pena, de una pena más cruel que la puñalada que me ha matado!

Me mostró la cuna.

—Te lo deajo, á él. Será hermoso y bueno como su padre, y viéndole pensarás en mí, en esta pobre loca que te ama con la fidelidad de un perro y que estaba orgullosa de tí...

Su voz era tan débil, que tuve que aproximar el oído á sus labios para oirla.

—Más cerca aún—dijo.—Hace un momento temía mucho morir sin verte—añadió.—Ahora puedo irme. Soy feliz. He hecho, sin embargo, lo que he podido por salvarme... ¡porque hubiera querido vivir por tí! Carhel... y el Rector... te dirán... yo... no puedo más... Amale mucho... por mí... que te he amado tanto.

Se calló.

Aspiré su último aliento con mis labios pegados á los suyos...

¡Estaba muerta!

Cerré sus hermosos ojos, que ya no veían.
Crucé sus manos sobre su pecho.

Entraron el rector y el médico.

El médico era un hombre de unos cincuenta años, de aspecto muy respetable, de fisonomía inteligente y buena.

Me reconoció en seguida.

—¿El señor barón de Chatel?—me dijo.

—Sí, señor.

—La pobre Ana-María nos lo ha confiado todo. No temía la muerte: era valiente. No temía más que morir antes de veros. Os esperaba con impaciencia. Ya no sufre, pero ningún poder humano hubiera podido salvarla. Es un milagro que haya podido vivir lo que ha vivido con tan horrible herida.

El médico levantó la sábana que cubría el pecho de la muerta.

Una herida enorme, ancha como la que pudiera hacerse con la cuchilla de un carnicero, profunda, atroz, la atravesaba de un lado al otro por encima del pecho izquierdo.

Toda su sangre había salido por allí.

Mi conductor de Quimper me había explicado el drama en pocas palabras.

Hé aquí lo que había ocurrido.

Hay criaturas malignas y venenosas.

Yannic Cléden era una de ellas.

Cuando yo fui con Ana María á dejarla en casa de su madrina, según ella deseaba, Yannic, á quien la fatalidad nos dió por conductor, reconoció á la joven.

Desde entonces se lo explicó él todo, mi posición de fortuna, el interés apasionado que yo tenía por Ana-María, su estado y . . su falta y la mía.

Yannic se calló. Guardó un silencio profundo y pérfido, pero trazó en seguida su plan.

Primo y heredero de Plouer, iba algunas veces á visitarle al asilo.

No dejó de ir á verle.

Daniel Plouer estaba loco, pero comprendía aun ciertas cosas.

Yannic le dijo:

—¿Sabes? ahí está Ana-María. Un señor de París, rico, millonario, es quien le ha acompañado. Ese es quien te la ha quitado. Pronto tendrá un hijo... Ella no te ama á tí, á quien ama es á él, á ese señor... Está en casa de Francisca, su madrina. El señor ha vuelto á París.

El pescador había retenido lo necesario de este aviso.

Con la sagacidad de un aldeano y la idea fija de los locos, no había tenido, desde la visita de su primo, mas que un pensamiento: evadirse y correr á Tréogat.

¡Ay de mí! Esto era demasiado fácil.

Su estado mejoraba y no ejercían sobre él una activa vigilancia.

Y hasta le empleaban en los trabajos del inmenso jardín que rodea el asilo.

Una tarde escaló una pared de doce metros y se dejó caer del otro lado en un campo de trigo y se deslizó como una liebre.

De allí ganó el campo.

La distancia que hay de Tréogat á Quimper, la atravesó con la rapidez de una fiera que va en busca de su presa.

Nada más fácil que atravesar ese país desierto, esas landas interminables, esos claros sotos sin que nadie le vea á uno, pues nadie transita por allí.

Al anochecer había llegado á la roca de Trébourden, en donde tantas veces se había apostado en otro tiempo para contemplar la vacía choza en que Ana-María había vivido.

Una sola idea quedaba en aquella insensata cabeza: la de vengarse de la desgraciada que no había tenido otra culpa que la de ser hermosa y excitar en él una pasión bestial, pasión que ella, en su delicadeza de sensitiva, rehusaba satisfacer.

La oscuridad de la noche se había esparcido sobre el llano y nadie sospechaba la presencia del loco en el país.

Allí estaba, sin embargo, como un lobo, acurrucado en una hendidura de la roca, acechando el momento en que su víctima saliera á tomar el aire y dar un paseo por la orilla de aquel mar que adoraba.

Su espera no debía ser larga ni vana.

Ana-María salió en efecto en el momento en que los últimos resplandores del sol poniente enrojecían el horizonte.

Pero no salió sola.

Jocelyn Carhel la acompañaba con su carabina al hombro.

El pobre muchacho estaba sumamente triste, pero era tambien sumamente decidido y cariñoso.

Carhel es uno de esos seres llenos de abnegación que quieren, sobre todo, la felici-

dad del ser adorado antes que su propia felicidad.

Estos seres son raros, pero existen.

Jamás había salido de sus labios una palabra de reprensión.

Carhel envidiaba al hombre que había podido hacerse amar de aquella joven á quien él idolatraba, pero no la hablaba de su amor.

Hacía cuantos favores podía á las dos mujeres; llevaba al niño en los brazos como si hubiera sido suyo; se conceptuaba demasiado feliz con ver y hablar á Ana-María.

Fueron juntos unos doscientos pasos por la cima de las rocas. Yo recorrí aquel camino con el aduanero y me lo contó todo llorando; él hubiera acompañado á Ana-María hasta casa de su madrina, cuando se hubiera retirado, pero le reclamaba la hora de su servicio y tuvo que separarse de ella.

¡Hay fatalidades!

Se quedaron hablando aún unos minutos á mitad del camino, poco más ó ménos, de Tréogat, adonde él iba, á casa de la viuda.

La marea estaba alta.

Las olas iban á estrellarse á unos cien pies por debajo de donde ellos estaban.

Por fin se separaron.

Jocelyn Carhel se dirigió hacia Tréogat, mientras que Ana-María bajaba por un sendero á la orilla del agua, para subir en seguida por aquel mismo sendero, hecho en la roca, hasta la casa de su madrina.

No había andado aún cien pasos el aduanero, cuando oyó un grito desgarrador, desesperado.

Se volvió y he aquí lo que vió:

Daniel Plouer, que se había arrastrado desde la roca de Trébourden hasta el sitio por donde pasaba Ana-María, acababa de precipitarse sobre ella.

No había acabado de desaparecer el día.

Jocelyn Carhel vió que Daniel Plouer rodeaba con uno de sus brazos el talle de Anita y que levantando el otro la hirió.

Resonó un segundo grito.

Y en seguida se desprendió la joven de los brazos de Plouer y se arrojó al mar huyendo de él.

El loco se lanzó en su persecución.

Aquello fué una siniestra caza.

Durante algunos instantes, Jocelyn Carhel pudo creer que Ana-María le llevaría ven-

taja. Conocía su destreza; pero Daniel Plouer nadaba con vigor mientras que la joven parecía presa de un gran desfallecimiento.

El aduanero hizo fuego en el momento en que el loco iba á alcanzar á Ana-María.

La bala hirió á Plouer en medio del pecho.

Abrió los brazos, batió el agua con ellos y desapareció.

Al día siguiente se encontró su cuerpo, arrojado por la marea, sobre los guijarros de la playa.

Su víctima luchó un minuto y desapareció también.

Carhel se desnudó y corrió en su auxilio.

Tuvo la suerte de alcanzarla y conducirla á tierra.

Pero entónces comprendió la causa de su extraño desfallecimiento.

La desgraciada tenía el pecho agujereado por el puñal, y la sangre salía á borbotones por aquella horrible herida.

Ya sabeis el resto.

XXVIII

—Ahora—continuó el barón—debeis comprender la tristeza que os llamaba la atención en mí.

El mal era irreparable, mi desaliento no tenía límites, y además yo debía atribuir aquella catástrofe á mi imprudencia.

Yo hubiera debido comprender la advertencia del azar que por dos veces había puesto ante mis ojos aquellas lúgubres paredes del asilo de Quimper. Además, las irónicas risas de Yannic Cleden, debieron ponerme en guardia.

Yo estaba abatido, consternado.

¿Qué me quedaba que hacer?

Ana-María no tenía ningún pariente.

No la abandoné hasta que fué conducida á su última morada.

Aun veo aquel pequeño cementerio bretón situado alrededor de la iglesia y mirando al

mar, al cual domina desde lo alto de las rocas, con las negras cruces apenas fijas en tierra, su calvario y su osario abierto en el granito, en donde están los restos de los antepasados.

Allí es donde descansa aquella hermosa y desgraciada joven, bajo una gran lápida en la cual hice grabar esta sencilla inscripción:

ANA-MARIA LE GUER

MUERTA Á LOS VEINTE AÑOS

Yo quería traerme conmigo el niño.

Francisca Cloarec me suplicó que se lo dejara, al menos por algún tiempo.

—Estará bien entre nosotros—me dijo el rector. ¡Ya no hay nada que temer!

El dolor tranquilo y resignado de aquellas buenas gentes era conmovedor.

Cedí á sus súplicas.

Además yo no sabia que resolver. Los más sombríos proyectos se presentaban á mi imaginación.

Vací mi bolsa en las manos del excelente sacerdote y partí, incierto y, para decíroslo

todo, desesperado, con la cabeza perdida.

Al llegar á París, recobré un poco de sangre fría.

La baronesa estaba de paso en la avenida Gabriel.

Entró en el salón en el momento en que yo lo atravesaba.

Debia estar horriblemente pálido, trastornado, porque vino á mí y me preguntó:

—¿Qué pasa?

La respondí simplemente:

—¡Ha muerto!

—¡Muerta!

—¡Asesinada por un loco!

Hizo un gesto de horror y en seguida dijo:

—¿Y el niño?

—Vive.

—¿En dónde está?

—Allá, en su país, en el fondo del Finisterre.

Angela no dijo nada.

Los celos de las mujeres son feroces.

Creí ver brillar un relámpago de alegría en sus ojos.

La baronesa se retiré á sus habitaciones.

Aquella misma tarde me hizo prevenir que se volvía á Marnes y que estaría de vuelta á los tres ó cuatro días.

Hace tres días de este encuentro.

He vuelto á entrar en el curso de mi vida ordinaria, pero maquinalmente, como un cuerpo sin alma, agobiado por ese gran abatimiento que os admiraba.

He montado á caballo, he ido al Círculo, me he paseado como ántes, pero mi espíritu no estaba aquí.

Esta noche me encuentro mejor.

Me he descargado de un secreto que me pesaba.

Os doy las gracias por vuestra paciencia y vuestra amistad.

El barón se calló.

Lo había dicho todo.

Hay desgracias tan terribles, que para ellas serían impotentes todos los consue-
los.

Nadie intentó calmar aquél dolor tan profundo y tan verdadero.

Los cuatro amigos se levantaron en silencio y estrecharon la mano de Chatel.

Unicamente el doctor le dijo:

—¡El tiempo!... ¡Y, además, existe el niño! Es preciso pensar en él.

El barón respondió con una mirada, que quería decir:

—En él pienso. ¡Gracias!

Desvaux le dijo al salir.

—¿Teneis su retrato?

—No.

—Os lo haré de memoria... muy parecido.

Se tocó la frente y añadió:

—¡La tengo aquí, viva! ¡Era admirable!

—De Aubagny—murmuró.

—¡Valor!

Y se marcharon, pensativos y tristes.

El marqués de Fresneuse les seguía, cambiando con su íntimo amigo un apretón de manos, cuando se sintió retenido.

El barón le dijo:

—¡Quedate!

Se quedó.

—Tengo que hablarte—repuso Claudio.

Fresneuse le examinó con atención.

Una irremediable tristeza se veía pintada en la cara de su amigo, la desesperación tranquila del hombre enérgico unida á una incurable pena y á ideas de suicidio.

—¿No tienes idea de suicidarte?—le preguntó.

—¿Porque me dices eso?

—¿Porque no me respondes francamente?—repuso Fresneuse.

—Me acusas de carecer de franqueza dijo. ¿He tenido jamás secretos para tí?

—Has tenido ese—replicó Fresneuse—y hubieras hecho bien en confiármelo. Hubiéramos visto... hubiéramos pensado... buscado un medio...

—Ya no es tiempo... He hecho mal.

¿Pero á que recordármelo? ¿Es perfectamente inútil pensar en lo irremediable, no es verdad? y mirar atrás.

—Sin duda.

—Ese horrible fin me ha desconcertado. Es un pesadilla que me enloquece... Ya no soy hombre... Mi cabeza se va... Puedo confesártelo... He pensado en efecto en matarme, pero fué allí... en la primera sorpresa.

—¿Y ahora?

—Eso ha concluido... Os he vuelto á ver. Me he encontrado lejos de ese cementerio en donde dejé una parte de mi mismo.

El barón hablaba como en un sueño.

Se animó.

—No habiéndola conocido—repuso,—no se puede saber cuánta elevación, cuánta dulzura, cuánto encanto y bondad había en aquella alma, en aquel corazón de una muchacha pobre, sin educación y en la mayor ignorancia de las cosas de la vida. ¡Yo lo sé bien! Sus palabras eran de ángel, sus miradas de hada; su muerte fué la de un valiente, la de una santa. ¡Ah! ¡amigo mío, ese recuerdo quedará aquí grabado—se tocó en el pecho—como un remordimiento y un dolor!

—Ella te lo dijo: «Tal vez sea una suerte el que yo no exista»... Era un obstáculo á tu reposo... una causa de división en tu casa... ¿Qué hubieras hecho de ella? Hubiera llegado el cansancio, el aburrimiento, el sentimiento del pasado... ¡qué se yo! Piensa en ese niño que te queda...

—Justamente de él es de quien quiero hablar.

—¿Qué quieres?

—Recomendártelo.

—¿No estás aquí tú?

—Sin duda... hoy... ¿pero después?

El barón comprendió que sus palabras ha-

bían despertado las sospechas de su amigo.
Le tranquilizó.

— Soy cristiano—le dijo,—no muy ferviente, pero sincero... No tengas miedo.

—¿Entonces?

—Tú has estudiado derecho... como yo—repuso Chatel, tratando de animarse;—no eramos de lo más laboriosos, y por mi parte me encontraría muy embarazado para defender un negocio, pero sé lo suficiente para comprender hasta qué punto es precaria é incierta la situación de ese niño.

—Es verdad.

—Yo debo asegurarla... No tengo más que parientes lejanos... Apénas los conozco; por otra parte, son ricos y no me necesitan.... Quiero, pues, que ese niño herede mi fortuna... en caso de desgracia.... Y puesto que también debo atender á Angela... que no entiende de asuntos... Es preciso que me prometa protegerles... á los dos. En mi escritorio encontrarás un testamento en regla, que no tendrás más que ejecutar.

—Quedo enterado. ¿Pero á qué tantas precauciones?

—Se olvida uno de temarlas y después to-

das son complicaciones. Se haga lo que yo he hecho, ocurre la desgracia y tú te cuidas de ellos en caso de necesidad.

—Te lo prometo... solo que espero que sea una promesa sin objeto...

—¿Quién sabe!

—Te pones lúgubre.

—En fin, ¿cuento contigo?

—Sí.

—Gracias.

El marqués de Fresneuse, que se había sentado, se levantó para marcharse.

—Escucha,—dijo,—no estoy tranquilo.

—¿Tú?

—Tus precauciones me inquietan.

—¿Por qué?

—Esas historias de testamento... esas recomendaciones... tu aparente tranquilidad, me dán que pensar... Me dán ganas de quedarme aquí como un llavero ó como un centinela...

—Te chanceas.

—No en verdad. No es por tu hijo por quien es necesario velar. El pobre pequeño no sabe aún lo que es sufrir. Está muy tranquilo en su choza, bajo la custodia de su nodriza... ignorando las desgracias pasadas...

mientras que tú... palabra de honor, estás trastornado. Permíteme decirte que serías indigno, si te faltara valor, si desertases de tu puesto en semejantes momentos, cuando los demás necesitan de tí. ¡El fin de esa pobre muchacha es un desastre; convenido! ¿Eres tú la causa de él? En eso ha habido, como tu mismo lo has dicho, una fatalidad. Cometiste una falta, ¡es verdad! Has hecho lo que has podido para repararla. Te has conducido como un hombre de honor con la madre. En el porvenir te conducirás lo mismo con el hijo. El honor está á salvo... eso es lo importante.

—Tienes razón.

—¿Conviene en esto?

—Seguramente.

—¡Pues no más locuras!

El barón Chatel cogió la mano de su amigo y le acompañó hasta la puerta, diciéndole:

—Estate sin cuidado y vé á dormir. Yo no puedo.

Atravesaron juntos el gran salón, apenas alumbrado, y llegaron al recibimiento.

Fermin y un lacayo estaban medio dormidos tendidos sobre un ancho divan.

Mientras que el lacayo puso el abrigo al marqués, Fresneuse hizo una seña á Fermin

Con un espresivo gesto llevó una mano á la frente, indicó á Chatel al ayuda de cámara y dijo con rapidez:

—No le abandoneis, vigiladle... sin que sospeche.

Estrechó otra vez la mano de su amigo y salió.

Chatel oyó cerrarse la puerta cochera con un ruido sonoro, el coche del marqués tomó por la avenida de Marigny, y el barón, con pesado paso, se dirigió hacia su gabinete.